

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3, 3b-10.19): *Habla, que tu siervo escucha.*

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6, 13c.15a.17-20): *Se os han comprado pagando un alto precio.*

Evangelio (Juan 1, 35-42): *¿Dónde vives? - Venid y lo veréis.*

El Cordero de Dios, cordero pascual, era el que comieron los israelitas al recibir la orden de salir de Egipto; el mismo cordero con cuya sangre marcaron sus puertas para que sus primogénitos fueran preservados con vida; el mismo cordero que seguimos comiendo, todavía hoy, para celebrar la gran fiesta de la libertad, para recordar que nuestra vocación es la de ser un pueblo libre y que nuestro Dios, es el Dios de la libertad.

Desde aquel día en que se pusieron en marcha, entendimos que la vida es una continua marcha hacia alguna parte, que sin ser realidad presente, está ya adelantada en los anhelos de quienes ahora ya vivimos en tensión por conseguirlo. Nosotros afirmamos con nuestra búsqueda la existencia de ese futuro que se nos resiste, pero está ahí, al otro lado de la colina, en la otra orilla del río, a donde tendremos que cruzar, sintiendo la inseguridad de un suelo que se nos hunde, de un agua que nos arrastra, de un vado que se nos quiere tragar.

Pero, hay que decidirse, hay que pasar, hay que ir más allá, hacia la tierra soñada, deseada, porque se puede intervenir en la Historia, podemos mirar al futuro, no estamos sometidos a tantos determinismos que se nos presentan como fantasmas que se tragan nuestra libertad. Ni el código genético, ni la economía, ni ningún otro nuevo faraón podrá con el regalo-conquista como el que Dios y nosotros hemos conseguido.

Pero además, el Cordero que significaba la libertad, adquiere el sentido del perdón, porque la culpa es la última cadena que atenaza al ser humano y lo tiene sometido a la esclavitud. Con Jesús de Nazaret, el Cristo reconocido por sus discípulos, la distancia y el miedo entre Dios y nosotros se ha superado, pues Jesús nos ha descubierto que Dios es amor, comprensión y aceptación de nuestra condición frágil y limitada, como los padres aceptan y quieren a sus hijos, como los amigos son capaces de superar las tensiones, como solo Dios es capaz de expresar su perdón.

Preciosa, en su sencillez, la narración de la vocación, llamada, de Samuel. Ahí estamos todos reflejados en nuestras dudas, crisis y búsquedas para respondernos a la eterna pregunta que acompaña a cada creyente: **¿Qué me pide Dios en este momento?**

La pregunta surge ante el desconcierto que nos produce el silencio de Dios, esa aparente ausencia y despreocupación pero que es, más bien, nuestra incapacidad para escuchar y distinguir entre las voces de nuestra noche, de nuestro desconcierto y oscuridad, la voz auténtica de Dios que sigue resonando y llamando.

No conviene escucharla en el aislamiento individualista que nos depara tantas patologías y fanatismos. Sí en la soledad interior de quien se sabe necesitado de los demás y, sobre todo, de la comunidad religiosa para acogerla en la doble dimensión de algo profundamente sentido y de algo sensatamente contrastado.

La Palabra de Dios escuchada y asumida nos cambia, nos transforma, como le ocurrió a Samuel, destinado a ser “monaguillo” o “sacristán” del templo por la promesa de su madre; pasa a convertirse en el portavoz e intérprete de una Palabra que va de Dios al pueblo y de este a Dios. Con qué genialidad, el texto, nos lo presenta con esa alusión a una persona infantil que crece, madura, se hace más humano.

Lo mismo nos presenta el evangelio de Juan. En otra preciosa y sencilla narración, típica de las vocaciones-llamadas que Dios hace, unos inquietos buscadores de religiosidad auténtica se encuentran con Jesús, el Hombre Palabra que, con sus frases y sus gestos, provoca un terremoto personal y conmociona los cimientos en que se asienta nuestra vida. Quien convive con Él lo experimenta. Quien dedica un tiempo a conocerlo termina cambiando.

Los cambios de nombre, tan frecuentes en la antigüedad para significar un cambio en las funciones, tan frecuente actualmente entre las gentes del mundo artístico para transmitir un sentido de cambio, también entre nosotros para reflejar un cambio de vida, como hacen los Papas, algunas órdenes religiosas, son, pues, la expresión de su transformación.

Han acudido a Él y al designarlo como Rabí, maestro, se reconocen sus discípulos; y, al confesarlo Mesías (Cristo), pasan a sentirse apóstoles. La respuesta a su invitación ha tenido un efecto; antes les interesaba su opinión sobre problemas intelectuales, ahora quieren ser continuadores de su mensaje, portadores de su Palabra, transmisores de su esperanza.

El anunciado como el Cordero de Dios ha hecho su transformación, sus consecuencias. Los ha liberado de sus ataduras a los viejos esquemas en que estaban anclados y ha hecho de ellos otras personas, libres, maduras, más humanas y más decididas para el servicio a los demás.